



## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1711

*Del académico de número don  
Eduardo Rubén Bernal, acerca de*

### LEÓN BENARÓS

Señor Presidente:

Lo primero que me vino a la memoria el domingo pasado, al leer en un diario de Buenos Aires la nota sobre el deceso del Dr. León Benarós, fue que en este año de gran alegría para la Academia, por estar próxima a alcanzar su medio siglo de vida, la desaparición del querido académico fundador en alguna medida venía a opacarla.

Recordarlo al Dr. Benarós, en este momento y en este lugar, obliga a la evocación de tardes de sesiones inolvidables. Inolvidables por muchas razones, una de las cuales y no de las menores por cierto, eran su presencia y su participación.

Siempre de buen talante, de buena onda, como se dice ahora. Una sonrisa lo acompañaba siempre y con una sonrisa intervenía en las sesiones acompañando con inteligentes y originales acotaciones al tema que se trataba. Cualquiera fuera el tema, su erudición le permitía la apostilla inesperada, graciosa a veces y a veces no, pero siempre interesante. Lamentablemente de todo eso poco debe haber quedado, porque siempre eran aportes que improvisaba sobre la marcha, y no recuerdo que alguna vez los haya escrito.

Destacar las condiciones intelectuales y artísticas de don León me parece redundante. Todo el mundo lo conocía, y seguramente los cofrades que me acompañan en la evocación, y que lo han conocido más que yo personalmente, lo harán con total propiedad. Yo me voy a referir a él desde el trato que tuvimos en cuestiones siempre vinculadas a la Academia.

Decía recién de su buen talante y simpatía. Siempre me recordaba algunos de los versos, y me los recitaba, de aquella milonga con música de Sebastián Piana que había titulado “Milonga del Lecherito”. Me lo decía como si yo fuera el responsable:

Yo me llamo Juan Bernal  
y, por medido y justito  
me dicen el lecherito...  
el lecherito legal...

Mis recuerdos del nombre Benarós creo que se remontan a los primeros años del secundario y a algún libro de texto de su autoría que cayó en mis manos, pero donde comencé a leerlo con asiduidad fue en *Todo es Historia*, en su recordada página “El desván de Clío”, que acompañó a la revista durante todo el tiempo de su publicación.

Después, ya en coincidencia con el conocimiento personal en esta Academia, a fines de los años ochenta, me encontré con su gran obra literaria, poética, de ensayos e investigaciones sobre el tango y sus creadores, antiguos y modernos y, sobre todo, de investigaciones históricas y folklóricas. Era además un gran dibujante. En ocasión que le alcancé —era, creo, 1996— un ejemplar de *Mirador de Buenos Aires* para que me lo firmara, después de la cariñosa dedicatoria, en la primera hoja con rapidísimos y seguros trazos y en un instante, dejó impresa la imagen de la cabeza de un gaucho con su sombrero de alta copa y su pañuelo. Y por si no alcanzara lo firmó.

Había nacido en 1915 en la ciudad de Villa Mercedes, provincia de San Luis, de padres sefardíes llegados desde Marruecos, con los que recorrió en su infancia las

provincias de Cuyo. Vivió en Mendoza, en La Pampa y, siendo un niño todavía, fue a vivir a Lomas de Zamora, que también sería pampa para esa época. Seguramente fue esta vida adolescente en contacto con lo rural lo que ha despertado en él su amor por lo criollo, la guitarra y el canto.

Su obra sobre temas folklóricos es muy conocida y recordada, sus trabajos plasmados en *Romances de la Tierra*, *Romancero Argentino* y *Décimas encadenadas*, entre otros, lo demuestra. Pero lo que también demuestran, además de todos sus saberes, es su conocimiento sobre botánica argentina, del norte y centro del país. Algo que quizás no sea demasiado conocido. Los árboles y las flores argentinas fueron muchas veces motivo de sus relatos sobre la pampa y sobre las plazas y parques de la ciudad. En tales relatos incorporaba minuciosos detalles de las especies existentes y, en algunos casos, ya inexistentes y que él había conocido, por lo cual delicadamente, protestaba. Su serie de las flores, que compusiera con Carlos Guastavino, y el *Libro de las Flores*, que publicó en 2004, reafirman sus conocimientos sobre el tema. Justamente es en este último en el que recuerda en versos simples, limpios y siempre en cuartetos muy bien rimados, entre otras, a la Campanilla Azul, a la Aljaba, el Mburucuyá, el clavel del aire, la madre selva, el jazmín del país, el ceibo, etc. En el prólogo del libro insiste en su respeto y su conocimiento sobre las flores nacionales. Dice allí: “Por ser fiel a la tierra no he querido escribir al solo desgaire del sentimiento. Cada poema se sustenta prolijamente en su verdad botánica para que la imaginación no despinte lo que pinta la naturaleza”.

Su vocación poética lo debe haber acompañado toda la vida, pero se pone públicamente de manifiesto en 1944, cuando publica su primer libro de poesías: *El rostro inmarcesible*. Un título original, hermoso y casi misterioso, hasta que la lectura de la dedicatoria lo desvanece: “a Emma Felce”.

Don León, usted ya no está, pero su recuerdo y su obra nos acompañará siempre, como si estuviera presente.

Buenos Aires, 1° de septiembre de 2012

EDUARDO RUBÉN BERNAL  
Académico de número  
Titular del Sillón “Juan Francisco Palermo”